

gunas familias. Los invasores llegaron, sin embargo, hasta á machetear las puertas de este edificio, con la esperanza de apoderarse de las personas y de los objetos de guerra que encerraba. Pero el constante fuego que les hacían los pocos soldados que habían conservado su serenidad, bastaron al fin para hacerlos huir, aunque no sin haber asesinado á algunos habitantes del pueblo é incendiado varias casas.

Algunas otras poblaciones fueron sorprendidas en la misma época por los indios; pero el plan que nos hemos trazado nos impide entrar en más pormenores.

CAPÍTULO XXI

1851-1852

Fundan los indios á Chan Santa Cruz.—Causas á que se atribuye esta fundación.—Sus habitantes atacan el cantón de Kamocolché.—La nueva guarida es descubierta y hostilizada por los blancos.—Venancio Pec acomete á Bacalar.—Ultimos esfuerzos del general Micheltorena para terminar la guerra.—Renuncia su destino, y le sustituye el general Vega.—Divide éste la Guardia nacional en móvil y sedentaria, en cuya virtud es retirada de los cantones una parte de las fuerzas que se hallaban en campaña.—Restablecimiento de las Comisiones eclesiásticas.—El corregidor del Petén consigue la sumisión de Chichanjá.—Gran expedición dirigida simultáneamente á las principales guaridas de los sublevados, á las órdenes del comandante general.—Nuevas operaciones emprendidas sobre Chan Santa Cruz y el des poblado de Bacalar.—Resultados generales.

En medio de la incesante persecución á que estaban sometidos los bárbaros, y en los momentos en que la muerte de los antiguos caudillos amenazaba su disolución, los nuevos jefes echaron mano de un recurso sobrenatural, para alentar á los que comenzaban á cansarse y para dar un centro de unidad á sus operaciones. La causa de la insurrección parecía próxima á sucumbir, no solamente por los rudos golpes que le había deparado el éxito de la guerra, sino porque aun para los mismos indios el cielo parecía haberse colocado del lado de los blancos. Con éstos se hallaban los sacerdotes del culto; con éstos se hallaban también las imágenes milagrosas que disfrutaban de una reputación universal; y aunque ellos—los indios—habían apri-

sionado á unos y á otras durante la primera época de la sublevación, los primeros se les habían escapado y las segundas habían sido poco á poco recobradas por sus enemigos. Como si esto no hubiera sido bastante, esos mismos sacerdotes se les habían acercado últimamente para aconsejarles que depusieran las armas. La inmensa mayoría de los sublevados sentía un vacío alrededor de sí, al verse desamparada de aquellos signos materiales de la divinidad, y se hacía necesario inventar un medio que neutralizase los efectos de este sentimiento y que hiciera comprender al creyente que se hallaba equivocado.

Es preciso decir, sin embargo, que el gran recurso no parece haber brotado de ninguna imaginación indígena, sino de uno de esos hombres de la raza mestiza, que desde 1847 venían prestando á la causa de la barbarie el concurso de su inteligencia y de su valor. Dícese que vagando un día José María Barrera por el despoblado que se extiende á lo largo de la costa oriental de la Península, encontró un manantial que brotaba á la entrada de una gruta, y al cual prestaban su frescura algunos árboles corpulentos de aquella selva casi virgen todavía. El descubrimiento de un manantial de agua es un gran acontecimiento en un país árido como el nuestro, y Barrera marcó el lugar grabando tres cruces pequeñas en la corteza del árbol principal. Pronto se divulgó el hallazgo entre los sublevados, y como la fuente se hallaba á ocho leguas apenas de la bahía de la Ascensión, visitada fácilmente por los ingleses, y á notable distancia de los cantones más avanzados de nuestra línea, varias familias indias comenzaron á levantar sus chozas alrededor de la gruta, para evitarse la molestia de hacer un viaje diario en busca de agua. Así comenzó á formarse en los siglos antecolombianos la opulenta ciudad de Chichén, y tal fué también probablemente el origen de todas ó casi todas las poblaciones mayas. Las pequeñas cruces grabadas en la corteza de un

árbol, comenzaron á ser un objeto de adoración para los moradores de la nueva guarida, y con tal motivo, sin duda, ésta recibió el nombre de Chan Santa Cruz. El descubridor del manantial comenzó de esta manera á agrupar en derredor de sí un considerable número de sublevados, y temeroso que desapareciesen las primitivas cruces, mandó fabricar otras de bulto, que hizo colocar en el mismo lugar.

Si Cogolludo y el Dr. Sánchez de Aguilar hubiesen conocido á Barrera, habrían dicho de él que era un mestizo muy ladino, y á fe que la calificación hubiera sido muy acertada, por la habilidad con que explotó en favor de sus planes el sentimiento religioso de los indios. Conociendo la inclinación que tiene á lo maravilloso, no solamente el hombre salvaje, sino aun el educado en los países más cultos del antiguo y del nuevo continente, hizo correr la voz de que las cruces que se veneraban en la nueva población habían bajado del cielo para hacer importantes revelaciones á los sublevados. Pero como por grande que sea la credulidad del vulgo de todos los países, siempre necesita de una prueba cualquiera para hacerse la ilusión de que ha sido convencido, Barrera asoció á su empresa á un indio llamado Manuel Nauat, de quien se dice que era ventrilocuo, y quien, en las grandes reuniones á que eran llevadas las cruces, pronunciaba largos discursos que parecían proceder de éstas. Estos discursos tenían por principal objeto el de excitar á los indios contra los blancos, asegurándoles que pronto iba á cambiar el aspecto de la guerra, y pronto comenzaron á palparse los efectos del fanatismo que se apoderó del ánimo de los primeros (1).

En la madrugada del 3 de enero de 1851, una masa compacta de bárbaros, que un periódico de la época hace ascender á dos mil, se arrojó súbitamente sobre el cantón de Kampolché, haciendo retroceder en dispersión á los sol-

(1) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo II, capítulo VI.

dados que guarnecían las trincheras avanzadas, y penetrando hasta la plaza, de cuyos puestos principales se apoderó en un instante. El mismo capitán Maldonado, jefe del campamento, se vió en la necesidad de seguir á los que se retiraban; pero se detuvo en los términos de la población, y reorganizando á los dispersos, atacó á los invasores á su retaguardia. Una fuerza que se hallaba en una colina de la plaza, y que fué la única que no abandonó su puesto, secundó eficazmente los esfuerzos de su jefe, haciendo un fuego vivo y nutrido sobre los sublevados. Estos se defendieron por el espacio de dos horas con un valor de que hacía mucho tiempo no daban muestra ninguna; pero al fin se vieron obligados á huir, dejando un centenar de cadáveres en el recinto del pueblo y en los caminos por donde fueron perseguidos (2).

Las revelaciones de algunos prisioneros hicieron conocer bien pronto al coronel Rosado la fundación de Chan Santa Cruz, y conociendo cuán peligrosa podía ser para la causa de la civilización esta nueva guarida, protegida por el fanatismo de sus habitantes, resolvió hacer los esfuerzos posibles para exterminarla. Con este objeto salió de Kampocolché el 21 de marzo una fuerza de 220 hombres, al mando del coronel Novelo, la cual, desviándose del camino principal y forzando marchas, logró sorprender á Santa Cruz en la madrugada del 23. José María Barrera logró escaparse; pero el sacerdote Manuel Nauat, que intentó defenderse con su machete, sucumbió en la lucha. Los pertrechos de guerra depositados allí, así como las cruces y sus ofrendas, cayeron en poder del coronel Novelo. También cayó en su poder un gran número de familias, pues sólo tuvieron tiempo de huir los hombres de guerra. Pero el coronel Novelo no pudo traer consigo á sus prisioneros, porque la fuerza de que disponía no era suficiente para guardarlos, y se limitó

(2) *El Siglo XIX*, periódico oficial que substituyó al *Boletín*, número 84.

á cargar con las cruces y algunos de los objetos más valiosos de la expedición.

Terrible fué el golpe que recibieron los indios con la desaparición de las cruces que daban vida á la nueva población, y con la muerte del hombre que interpretaba su voluntad. Pero pronto surgió un nuevo sacerdote, que se hizo anunciar por medio de un escrito, en el cual revelaba á sus adeptos la voluntad divina. Decía en él que las cruces llevadas á Kampocolché se habían negado á hablar con los blancos, porque sólo querían á los indios, y para probar á los últimos este amor, el ministro les anunciaba que pronto serían vengados y que sus ejércitos triunfantes llegarían hasta la capital del Estado. Al mismo tiempo que se hacían estas predicciones para reanimar á los sublevados, Barrera cuidaba de fortificarse en Chan Santa Cruz y sus inmediaciones, con el objeto de poner la población al abrigo de una nueva sorpresa. Ya veremos más adelante que, á pesar de todas estas precauciones, aquel asilo puesto bajo la protección del fanatismo fué violado varias veces por sus enemigos.

No era solamente á las inmediaciones de Kampocolché donde se operaba por esta época una reacción en favor de la barbarie. Venancio Pec, que continuaba acariciando la idea del protectorado inglés, con el objeto de buscar un aliado poderoso á su causa, acometió á principios del año una empresa que en su concepto debía rehabilitarle á los ojos del superintendente de Belice y ponerle en posesión de una plaza, de que dependía en gran parte el éxito de sus armas. Organizó con este fin una columna de ochocientos sublevados, y el 28 de marzo, entre once y doce del día, se presentó súbitamente frente á Bacalar, haciendo un fuego nutrido de fusilería sobre la plaza. La guarnición se puso inmediatamente sobre las armas, y desde los atrincheramientos de la línea y la fortaleza llovieron innumerables proyectiles sobre los agresores; pero éstos, lejos de

retroceder, avanzaron resueltamente hacia uno de los reductos, arrimaron escalas y penetraron audazmente en la plaza. El clima de Bacalar seguía ejerciendo, como siempre, una influencia mortífera sobre la guarnición, y los soldados débiles y enfermizos que guarnecían el reducto asaltado, no tuvieron ánimo para defenderlo y corrieron á refugiarse en la fortaleza, haciendo fuego en retirada. Los demás reductos no tardaron en correr la misma suerte, y Venancio Pec quedó en breve tiempo dueño de la villa.

Pero el teniente coronel D. Isidro González, que se había retirado al fuerte con una gran parte de la guarnición, tardó muy poco en tomar las disposiciones necesarias para recobrarla. Sacó varias guerrillas al mando de oficiales experimentados, para que batiesen á los indios al abrigo de los fuegos de la fortaleza, y aunque éstos se defendieron por algún tiempo con tenacidad, al fin hubieron de huir, dejando regadas de cadáveres las calles y la plaza de la villa. Y tan duramente escarmentados quedaron con esta lección, que por mucho tiempo no se les volvió á ver en las inmediaciones. La guarnición de Bacalar tuvo entonces un momento de reposo, que ciertamente necesitaba, porque cada día eran mayores las privaciones á que se veía sujeta (3).

Mientras el coronel Rosado hacía esfuerzos inútiles para destruir la nueva guarida de Chan Santa Cruz, que con el tiempo debía llegar á ser el principal baluarte de los sublevados, y mientras el teniente coronel González hacía esfuerzos casi milagrosos para conservar á Bacalar, el general Micheltorena adquiría la triste convicción de que era imposible concluir la guerra social con los escasos elementos de que podía disponer. Deseando, sin embargo, tentar el último recurso antes de abandonar la empresa en

(3) Nota oficial del teniente coronel González, que el Sr. BAQUEIRO inserta en su *Ensayo*, tomo II, capítulo VI.

que se había empeñado, convocó en la capital del Estado una junta de autoridades y propietarios, en la cual se comprometió á terminar la guerra en el espacio de cuatro meses, siempre que en cada uno de éstos se le proporcionasen trescientos cuatro mil pesos. La enormidad de esta suma, cuyo total ascendía á más de un millón, equivalía á pedir un imposible. Todo lo que prometió la junta fué realizar un préstamo de setenta mil pesos (4); y aunque el comandante general prometió hacer con esta suma todo lo que pudiera, se dirigió separadamente al gobierno federal, pidiéndole nuevos recursos de gente y dinero para llevar á cabo su pensamiento; pero el gobierno mexicano, que no solamente había dejado de pagar con puntualidad los dieciséis mil pesos mensuales decretados por el Congreso de la Unión, sino que había acabado por disponer que del contingente que debía el Estado á la federación se erogasen los gastos de la Guardia nacional, se hizo sordo á las manifestaciones del general Micheltorena y á los clamores del periodismo y de las autoridades de la Península, que le excitaban á hacer el último esfuerzo en favor de nuestra causa. Entonces el Sr. Micheltorena renunció su destino, fundándose en que no quería sacrificar su reputación militar en una campaña para la cual no se le prestaban los elementos necesarios.

El gobierno federal aceptó esta renuncia y nombró para sustituirle al general D. Rómulo Díaz de la Vega, el cual desembarcó en Campeche el 15 de mayo y llegó á Mérida el 29. Desde el momento en que el nuevo comandante general se hizo cargo de su destino, se encontró con una cuestión que venía debatiéndose hacía mucho tiempo entre los jefes militares y en el periodismo. Tratábase de saber si era posible concluir la guerra de castas con el sistema de perseguir constantemente á los bárbaros y de avanzar

(4) *El Fénix*, número 155.

cada día más nuestros cantones, con el objeto de estrechar su esfera de acción. La opinión pública, en general, había resuelto por la negativa esta cuestión, fundándose en razones muy poderosas. En primer lugar, la experiencia había demostrado que los diecisiete mil hombres que se hallaban en campaña no eran bastantes para reducir á los sublevados, cuya frugalidad y amor al salvajismo les prestarían siempre fuerzas para defenderse en la espesura de los bosques. En segundo lugar, no era ya posible conservar por más tiempo estos diecisiete mil hombres en los cantones, á causa de que no había dinero para pagarlos ni víveres para mantenerlos, porque se habían agotado ya todas las sementeras de los sublevados. En tercer lugar, era ya necesario devolver á la agricultura y á la industria los brazos que le había arrebatado la campaña, y, por último, la humanidad exigía que fuese retirada siquiera una parte de aquellos soldados que hacía tres ó cuatro años vivían separados del hogar doméstico.

Los que alegaban estas razones en favor de su opinión, pedían que se abandonase el sistema de guerra seguido hasta entonces, y que sólo se conservasen los cantones necesarios para mantenerse á la defensiva, lo cual permitiría que fuese retirada una fracción considerable de nuestro sufrido ejército; pero había unos pocos que opinaban en sentido opuesto, haciéndose la ilusión de que bastaba hacer un último esfuerzo para anonadar completamente á los sublevados. El general Vega, que había traído amplias instrucciones del gobierno federal, examinó detenidamente la cuestión, y después de haber consultado al Sr. Barbachano, y aun á algunos jefes militares á quienes hizo venir á Mérida, resolvió adoptar en parte la medida que reclamaba la opinión pública y parecía exigir la necesidad. Con este objeto dividió la Guardia nacional del Estado en móvil y sedentaria. La primera debía permanecer en los cantones para guardar la frontera, y aun para hacer

algunas incursiones al campo enemigo. Los cuerpos ó compañías que formasen la segunda, debían ser retirados á sus respectivas localidades, aunque conservando cierta organización, á fin de que pudieran ir á relevar periódicamente á la fuerza que quedaba en los cantones. Esta, es decir, la Guardia nacional móvil ó activa, recibió el nombre de división Vega, y debía constar de tres brigadas. La primera fué puesta á las órdenes del general Cadenas; la segunda, á las del coronel D. Eulogio Rosado, y la tercera, á las del coronel D. Sebastián Molas. También se formó una sección de reserva, cuyo mando fué confiado al general D. Sebastián López de Llergo, y que se compuso del batallón Fijo de Mérida, del sexto de línea y de una batería de artillería (5).

Tomadas estas disposiciones, el general Vega salió de Mérida el 7 de agosto y se dirigió desde luego á Peto, donde había determinado establecer su cuartel general. Allí se ocupó inmediatamente de organizar el ejército de la manera que había acordado, con cuyo objeto fueron bajados á la villa casi todos los batallones, compañías y piquetes que se hallaban en campaña. Los que habían de pertenecer á la fuerza móvil, fueron distribuidos convenientemente en los cantones que se debían conservar, y el resto fué retirado á las poblaciones de donde procedía. El primero local, que había sido uno de los batallones que mejores servicios había prestado en la guerra, fué recibido en Mérida con arcos triunfales, con músicas y con oraciones cívicas en que se hacía su apología. ¡Justa y merecida ovación á aquellos valientes ciudadanos que venían luchando hacía cuatro años en favor de la humanidad y de la civilización!

Otra de las medidas que adoptó el general Vega, de acuerdo con el gobernador Barbachano, fué el restableci-

(5) *El Siglo XIX*, número 156 y siguientes.